

MEDITA CONMIGO

Finalmente se apareció a los once mismos, estando ellos sentados a la mesa, y les reprochó su incredulidad y dureza de corazón, porque no habían creído a los que le habían visto resucitado. (Mr 16:14)

Sin duda el hecho más portentoso de la historia, escandaloso para los religiosos y locura para el hombre secular (1 Cor 1:23), es que un hombre de carne y hueso llamado Jesús, conocido como un carpintero de Nazaret resucitara al tercer día después haber muerto de la manera más ignominiosa y cruel, bajo el régimen romano de su tiempo; este portentoso hecho es el que a todas luces se vino a constituir en el sustento de la fe cristiana, tanto que el apóstol Pablo dice a quienes lo niegan: *y si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación, vana es también vuestra fe ... Si en esta vida solamente esperamos en Cristo, somos los más dignos de conmiseración de todos los hombres.* (1 Cor 15:14, 19); con toda naturalidad se podría argumentar que si los hombres que fueron sus discípulos, y que lo oyeron decir palabras nacidas de Dios, y hacer tantas maravillas ante sus ojos se resistieron a creer que él se había levantado de los muertos, cuánto más los hombres de la actualidad, a casi dos mil años de distancia, no lo harán con más razón; este razonamiento venido de la lógica humana no tiene vuelta de hoja; sólo que hay un pero, que Jesús en su soberana divinidad se proveyó de testigos, y decretó que los hombres vinieran a creer en Él y se salvaran por la locura de la predicación de su Palabra (1 Cor 1:21); por esto es que les dijo: *El que a vosotros oye, a mí me oye; ...* (Lc 10:16); por esto es que vemos cómo se manifiesta su reproche a sus discípulos por no haber *creído* a quienes vinieron a decirles que habían visto al Señor resucitado; notemos cómo él no les reprocha que no le hubieran creído cuando les dijo que resucitaría (Lc 18:31-33), de este modo es cómo Jesús hace notable la relevante labor de los que hoy y a través de estos siglos han sido portadores de su palabra, los cuales no están haciendo otra cosa mas que testificar que han visto por la fe a Jesús resucitado.

Ningún pecado del hombre es comparable al pecado de la incredulidad a Dios, porque éste es el generador de todos los demás; cuando nuestros primeros padres quitaron su fe de su Creador, estuvieron listos para cometer cualquiera clase de maldad, así sigue siendo; todo hombre decide en qué creer, porque en algo tiene que ejercer fe; este tiempo se ha llenado de una densa incredulidad a Dios, porque se han fortalecido los dioses que siempre han buscado la adoración humana, a la cabeza de los cuales está el dios yo, al que podemos llamar humanismo, cuya sustancia se ostenta en el credo de que *el hombre es el redentor del hombre*; alrededor se mueve el dios poder económico (mammón), el dios poder científico; el dios del hedonismo (búsqueda del placer), el dios religión (camino artificial para buscar a Dios), etc. Todo esto hace que la incredulidad actual sea un gran desafío para quienes han sido llamados a predicar a Jesucristo, aún más cuando las congregaciones se han infestado de falsos maestros. Pero sobre esta realidad está el hecho de que Jesús está aquí, con su mandamiento y junto a su mandamiento su promesa: *Id...; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo* (Mt 28:18-20). Amén.

Tu hermano el predicador

Fernando H. Nava